



SIGUE HABLANDO
MAIRENA
A SUS ALUMNOS

No hay verdades estériles — habla Juan de Mairena — ni aun siquiera aquellas que se dicen mucho después que pudieron decirse; porque nunca para la verdad es tarde. Lo censurable es que se pretenda confundir y abrumar con la verdad rezagada a quienes acertaron a decirla más oportunamente. Esto encierra una cierta injusticia y, en el fondo, falta de respeto a la verdad. Pero dejemos a un lado nuestro amor propio herido de hombres no escuchados a tiempo, y

alegrémonos siempre de que la verdad se diga, aunque tardíamente, y aunque parezca dicha en contra nuestra.

II

Suele vivir el hombre crucificado sobre su propia vanidad, literalmente asado sobre las ascuas de su negra honrilla. Es condición humana este cruel suplicio — añadía Juan de Mairena — y no es justo que pierda totalmente nuestra simpatía quien lo padece. Pero también es condición del hombre el afán de mejorar esta condición, y aun la posibilidad de mejorarla, quiero decir, en este caso, de libertarse un poco de la cruz y las ascuas supradichas. Y nuestra mayor estimación irá hacia aquellos hombres que lo intentan, aunque no siempre lo consigan, a saber, hacia los hombres de espíritu filosófico que suelen pensar, más por amor a la verdad, que por amor al hombrecillo que todos y cada uno de nosotros llevamos a cuestas.

III

Reparad — añadía Juan de Mairena — que las filosofías más profundas apenas si persiguen otra finalidad que la total extirpación del amor propio; lo que quiere decir que es meta tan alejada que nadie puede temer alcanzarla. Porque también es el filósofo — digámoslo de pasada — el hombre que no quisiera dar nunca en el blanco hacia el cual dispara, y para ello lo pone más allá del alcance de toda escopeta o por el contrario (que viene a ser lo mismo) el hombre que se

coloca en el blanco a que todos apuntan, convencido de que es allí donde no pueden caer las balas.

IV

Reparemos — decía Juan de Mairena — en que la humanidad produce muy de tarde en tarde hombres profundos, quiero decir hombres que ven un poco más allá de sus narices (Buda, Sócrates, Cristo) los cuales no abusan nunca de la retórica, no predicán nunca al convencido, y son, por ello mismo, los únicos hombres que han tenido alguna virtud suasoria. Y esto es tan cierto que hasta pudiera probarse con números. Son hombres de buen gusto, dotados siempre de ironía, nunca pedantes — ni siquiera escriben — rara vez a la moda y a los cuales, porque nunca pasaron, hay siempre que volver. De cuando en cuando no falta un jabato que se revuelva contra ellos, un bravo novillo que frente a ellos se encampañe.

*

Ladrón de energías, llamaba Nietzsche al Cristo. Y es lástima — añadía Mairena — que no nos haya robado bastante.

*

Siempre estimé como de gusto deplorable y muestra de pensamiento superficial el escribir contra la divinidad de Jesucristo. Es el afán demoledor de los pigmeos que no admiten más talla que la suya.

No, amigos míos — sigue hablando Mairena a sus alumnos — no puede el Cristo escapar a la divinidad de su origen

o de su destino. Lo he dicho muchas veces y lo repito, aun a riesgo de parecer cargoso. O fué, como muchos piensan, el hijo de Dios, venido al mundo para expiar en la Cruz los pecados del hombre, o, como pensamos los herejes, coleccionistas de excomuniones, el hijo del hombre que se hizo Dios para expiar en la Cruz los pecados de la divinidad. En este sentido prometéico y de viva blasfemia parece anunciarse el cristianismo futuro.

V

Y si el Cristo vuelve, de un modo o de otro ¿renegaremos de Él porque también lo esperen los sacristanes?

VI

MAIRENA EXPONE Y COMENTA SUS SUEÑOS

La otra noche soñé, decía Juan de Mairena a sus alumnos — hacia 1909 — que esta clase sin cátedra, reunión de amigos más que otra cosa, iba a ser suprimida de Real Orden. Toda una Real Orden para suprimir una clase voluntaria y gratuita. Se me acusaba de hombre que descuida la clase obligatoria y retribuída de que es titular — vosotros sabéis que no soy oficialmente profesor de Retórica, sino de Gimnasia — en momentos más adecuados para ejercicios físicos que para ejercicios *espirituales*. Siempre he sido un hombre muy atento a los propios sueños, porque ellos nos revelan

nuestras más hondas inquietudes, aquellas que no siempre afloran a nuestra conciencia vigilante. Digamos de pasada que esto es una verdad sabida hoy de muchas gentes, y que yo no ignoro desde hace ya muchos años, acaso por haberla leído en algún Almanaque. Lo cierto es que se me acusaba como al gran Sócrates — reparad un poco en la vahidad del durmiente — de corruptor de la juventud. La acusación era mantenida por un extraño hombrecillo, con sotana eclesiástica y tricornio de Guardia civil. «En los momentos solemnes — la voz del acusador era tonante y campanuda, no obstante lo diminuto de su poseedor — en los momentos solemnísimos en que media Europa se apercibe a trabarse — y no de palabra — con la otra media, abandona usted su clase de Gimnástica o, como decimos ahora, de Ejercicios físicos; el cuidado de fortalecer y agilizar los músculos, de henchir los pulmones a tiempo y compás, de marchar y contramarchar, de erguirse y *encucillarse*, etc., etc. — reparad en el barroco lenguaje de los sueños — para iniciar a la juventud en toda suerte de ejercicios sofisticos — que esta es la palabra: ¡sofísticos! para inficionarla del negro virus del escepticismo, aficionándola a la que usted llama, hipócritamente, el *cultivo de las cabezas*. ¡El cultivo de las cabezas! ¡¡¡Ja, ja, ja!!! En la carcajada del hombrecillo — añadía Mairena — culminaba la estentoreidad de su voz, y lo desagradable de mi sueño. Como si el cultivo de las cabezas — proseguía el acusador, con voz más concentrada y declinante — no fuese hartamente superfluo en las circunstancias actuales, y el más superfluo de todos los cultivos en las que se avecinan». El acusador hizo un punto grave y con él terminó su discurso y dió fin mi pesadilla.

Mairena y sus alumnos dedicaron la hora de clase a la interpretación y al comentario del sueño. Pensaba Mairena — digámoslo de pasada — que toda fecunda onirocrisia, o arte de interpretar los ensueños, había de basarse en la observación y estudio de los ensueños propios, y que sólo un *soñador* en el sentido más directo de la palabra, un hombre que sueña frecuentemente — (no despierto, que esto es muy otra cosa, sino mientras duerme) — dotado no sólo de este hábito más o menos morboso, sino además de atención para estos fenómenos internos y de reflexión para meditar sobre ellos, podrá decirnos algo interesante cuando pretenda juzgar los ajenos sueños sobre testimonios aportados por su vecino. No se ocultaba a Mairena que estos testimonios, por lo demás, eran en gran parte relatos de mujeres histéricas y chismosas, que mienten más que hablan, o confesiones insinceras de hombres curiosos y temerosos de su propia intimidad, de la cual saben ellos, no obstante, por autoobservación, más de lo que pueda revelarles su confesor. Era Mairena un tanto rezagado en psicología, escéptico en psicología experimental; de los psiquiatras no habló casi nunca, y de los psicólogos *behavioristas* dijo alguna vez: son los hombres, por excelencia, que debieran dedicarse a otra cosa. Era Mairena un fanático de la psicología autoinspectiva, y de aquella otra complicada con la fantasía creadora, de algunos poetas y novelistas, como Shakespeare o Dostoiewski.

El sueño de Juan de Mairena, muy retocado por la literatura, contenía un vaticinio a corto plazo, en realidad frustrado, porque la guerra europea tardó todavía cinco años en estallar. Hay que reconocer, sin embargo, que ella se estaba hinchando, como la rana de Lafontaine, y que el estallido

era ya inevitable. Pero los discípulos de Mairena no repararon demasiado en la profecía. No faltó, en cambio, quien señalase que la inquietud creadora del ensueño, aparecía en él totalmente invertida con aquella Real Orden, que suprimía una cátedra voluntaria y gratuita, y no, precisamente, la otra, que surtía efectos en el estómago de su titular. La observación era menos sutil que maliciosa. Mairena, sin embargo, la escuchó sonriente, pensando que no siempre la malicia se chupa el dedo. «Reconozco, en efecto, que los ensueños pueden estar algo complicados con las funciones digestivas. Habéis de concederme, sin embargo, que un hombre dormido, cuando sueña, es algo más que un estómago desvelado». La clase asintió en masa a la afirmación del maestro. No faltó tampoco quien hiciese observaciones algo más profundas. «Lo verdaderamente original del ensueño — dijo un joven alumno muy avanzado en la sofística — no puede consistir en la supresión de una cátedra gratuita, para lo cual basta con retribuir-la, sino en la supresión de una cátedra voluntaria, que no puede convertirse en obligatoria. Porque ¿quién pone puertas al campo, querido maestro? ¿quién podrá impedir que nos reunamos en su casa de usted, o en alguna de las nuestras, para charlar en ellas como hacemos aquí, sobre lo humano y lo divino? Sólo a un soñador, en efecto, puede ocurrírsele cosa tan peregrina como es la supresión por Real Orden de una clase como la nuestra.

Mairena quedó bastante complacido de la breve disertación de su discípulo. «Muy bien, amigo Martínez; ya estudiaremos, en nuestra clase de Retórica, el modo de decir eso en forma más concisa e impresionante. Y ahora — añadió

Mairena, después de consultar su reloj — ¿querrá decirnos algo el señor oyente?

Que habría mucho que hablar — respondió el interrogado — sobre lo voluntario de lo obligatorio y lo obligatorio de lo voluntario. Es problema arduo, litigioso, que pudiéramos dejar para otro día.

En cuanto a la figura del acusador, todos estuvieron de acuerdo en que no había porqué ataviar a la española — con sotana y tricornio — cosa tan universal como es la estupidez humana

ANTONIO MACHADO